Nuestros tiempos, nuestra lucha.

Como siempre, o como casi siempre, al llegar diciembre es inevitable la tendencia a hacer un balance de lo actuado y planificar (siempre que se pueda) lo que consideramos como metas esenciales para el año que está por empezar.

Esta constante nos alcanza en el plano personal y, sin duda, no puede estar ausente en el ámbito institucional.

Un año atrás, un Congreso de singulares características ocupaba la primera de las prioridades que teníamos asignadas para las distintas actividades que le esperaban al Colegio, para este año que ahora está llegando a su fin.

El Congreso quedó atrás, cronológicamente hablando, pero delante sigue estando la emoción y el recuerdo de todos los que lo transitamos y lo evocamos con recuerdo sostenido. Luego, una agenda poblada de múltiples propuestas nos mantuvo activos y con deseos renovados de dar lo mejor de cada uno para el bien de todos.

Cuando termina un año se ve el inicio del próximo con nuevas y mejores posibilidades, pero también es inevitable el lógico síndrome de lo "que nos quedó pendiente". Cuando esta sensación empieza a invadirnos, se erige indispensable pasar del pensamiento a la acción y a la concreción de los proyectos.

Tenemos que aprender a ver a nuestro Consejo Profesional en la justa dimensión que nuestra profesión y nosotros mismos necesitamos. No es un espacio físico que sólo nos recibe para atender nuestros requerimientos profesionales, es un ámbito de encuentro, de sano debate y, a veces, de lógico disenso. Es el continente de inquietudes comunes y de anhelos compartidos.

No debemos perder de vista que nuestro trabajo se refleja en la realidad con contundencia. No son tiempos como para detenerse en la ensoñación o en la crítica estéril. Son tiempos de concreciones con unión, firmeza y compromiso. ¡Pero de todos! Siguen doliendo las “sillas vacías” y más aún, los reclamos vacíos que nacen de la primera ausencia, la de no haber estado en los momentos en que se debe estar. Pero como tampoco debemos quedarnos en el dolor que paraliza, debemos esperar el nuevo año con la esperanza de que aún puede cambiarse lo que nos duele o nos deja vacíos.

Todos debemos darnos cuenta de que sólo el aporte conjunto nos hace grandes y nos marca el camino que espera ser transitado. Cada uno es artífice de su destino y sostén del porvenir del otro.

Empieza un año en el que termina una gestión global de conducción y la exigencia de cumplimiento deviene entonces más contundente. Una feliz y larga serie de logros nos alienta a transitar esta etapa, con la firme convicción de que seguiremos poniendo todos nuestros esfuerzos al servicio de una causa que guió nuestros pasos desde el principio y que no hemos abandonado, a pesar de que varias embestidas amenazaron con dejar truncos los sueños de tener un Colegio muy cercano al que hoy nos recibe diariamente.

Memoria no será lo que nos falte a la hora en que no siendo conducción, debamos defender lo que engrandece nuestro espíritu, nuestra lucha y nuestra casa profesional.

Pero todavía hay mucho por hacer. Es tiempo de ver crecer a nuestra casa vistiendo a la más reciente de una estructura que la haga habitable y activamente productiva. Son épocas para lograr que más y mejores beneficios pueblen las distintas gamas de necesidades, para que dejen de ser tales y se traduzcan en realizaciones duraderas. Es tiempo de reivindicar posiciones que todavía no están firmes, sea por omisión, por inercia o simplemente por falta de fuerzas para alcanzar el objetivo.

Es tiempo de reencontrarse en la presencia permanente y en la lucha cotidiana. Es tiempo de crecer y trascender fronteras, pero... mientras tanto, es tiempo de brindar por nosotros, ¡Traductores Públicos, duendes de lo posible y amos de lo imposible!

¡FELICIDADES PARA TODOS!

Consejo Directivo